

que al tiempo de rendir su cuenta, no sabe los cargos que podré hacer contra él. Aunque se diría, y así lo cree él y parece al ojo vulgar, que se ha conducido rectamente con el Estado Volseo, combatiendo como un dragón, y triunfando desde que desnuda la espada; sin embargo, ha dejado de hacer cosas que, cuando llegue á dar sus cuentas, ó pagará él con su cabeza ó pagaré yo con la mía.

TENIENTE.—Dignaos decirme, señor, ¿creéis que tomará á Roma?

AUFIDIO.—Todas las plazas se le rinden apenas se presenta ante ellas. Y la nobleza romana es suya. Los senadores y los patricios le aman; y el pueblo se apresurará á llamarlo de nuevo, con el mismo atolondramiento con que le desterró. Creo que será para Roma lo que el águila marina es para el pez, que lo toma por soberanía de naturaleza. Al principio fué un noble servidor; pero sea que no pudiese llevar tranquilamente sus honores, ó por el orgullo con que suele manchar al hombre afortunado el éxito de cada día, ó por falta de reflexión para combinar y dominar las probabilidades de que disponía, ó en fin que su naturaleza, no sintiendo variación, le impulsaba á mandar en la paz con la misma arrogancia y auteridad con que manda en la guerra: lo cierto es que alguna de estas causas (porque no creo que se reúnan todas en él) hizo que fuese temido, odiado y desterrado. Pero tiene el mérito de no hablar jamás de ello. Así, nuestra suerte depende del aspecto que traigan los tiempos. El poder no tiene sepulcro más seguro que la tribuna donde alaba sus hazañas. Un fuego apaga á otro, un clavo saca otro, la fuerza domina la fuerza y los derechos ceden ante otros derechos. Marchemos. Cuando hayas tomado posesión de Roma ¡oh Cayo! serás el más pobre de todos y no tardarás en ser mío. *(Salen.)*



ACTO V

ESCENA PRIMERA

Una plaza pública en Roma

Entran MENENIO, COMINIO, SICINIO, BRUTO y otros.

MENENIO.—No, no quiero ir. Ya oís lo que dice al que alguna vez fué su general, y á quien amaba con particular afecto. El me llamaba padre; pero ¿qué se deduce de ahí? Id, vosotros que lo desterrasteis, y al llegar á una milla de distancia de su tienda caminad de rodillas para que se mueva á compasión. Si él no ha querido oír á Cominio, yo me quedaré en casa.

COMINIO.—Parecía como si no me reconociera.

MENENIO.—¿Lo oís?

COMINIO.—Y sin embargo, hubo un tiempo en que me llamaba familiarmente por mi nombre. Invo-

qué nuestra antigua amistad y la sangre que hemos vertido juntos. Coriolano no quería responderme; rehusaba todos los nombres que le daba. No,—decía—ya no soy nadie; soy un hombre sin título alguno, hasta que me haya forjado otro en las llamas del incendio de Roma.

MENENIO.—¿Lo veis? ¿Veis qué magnífica obra consumásteis, par de tribunos que habréis conseguido que bajen de precio en Roma carbones y cenizas! Dejaréis un noble recuerdo!

COMINIO.—Hícele presente cuán noble es perdonar cuando menos se espera el perdón. Replicó que esta era vil petición por parte de un Estado que se atrevió á desterrarle.

MENENIO.—Bien. ¿Y qué menos podía decir?

COMINIO.—Intenté reavivar el cariño que profesa á sus privados amigos. Su respuesta fué que no podía detenerse á entresacarlos de un montón de paja podrida. Dijo que era insensatez no quemarla por no perder un pobre grano ó dos, y seguir sufriendo la pestilencia.

MENENIO.—¿Por un pobre grano ó dos? Yo soy uno de ellos. Su madre, su esposa, su hijo, y este noble varón, somos granos. Vosotros sois la paja podrida; vuestra fetidez trasciende más allá de la luna. Y tenemos que ser quemados por culpa vuestra.

SICINIO.—No. Tened paciencia, os ruego. Si en tan grande extremidad nos rehusáis vuestra ayuda, al menos no nos echéis en cara nuestra desgracia... Pero es seguro que si quisiérais abogar por vuestro país, sería más parte á persuadirle vuestra elocuencia que el improvisado ejército que le opondremos.

MENENIO.—No. No quiero mezclarme en nada.

SICINIO.—Os suplico que vayáis á hablarle.

MENENIO.—¿Y qué tendría que hacer?

BRUTO.—Probadnos siquiera lo que vuestro amor

por Roma puede conseguir de vuestra amistad con Marcio.

MENENIO.—Bien. Suponed que Marcio me despide como á Cominio, sin darme oídos, y que vuelva yo como un amigo descontento y apesadumbrado de su dureza: ¿qué habré yo ganado?

SICINIO.—Vuestra buena voluntad merecerá al menos gratitud de Roma, midiéndola con vuestro deseo.

MENENIO.—Haré la prueba; aunque me desanima mucho su comportamiento con Cominio. La ocasión no fué bien escogida. El no había comido; y cuando las venas no están llenas, la sangre se enfría, y no estamos dispuestos á dar ni á perdonar. Pero cuando hemos provisto de alimentos y bebidas los naturales conductos de la sangre, el alma se muestra más accesible que en el ayuno. Aguardaré, por tanto, para presentar mi solicitud, á que se levante de la mesa; entonces he de asediar su corazón.

BRUTO.—Vos sabéis el camino que á él conduce y no torceréis el paso.

MENENIO.—Os prometo que haré la prueba, resulte lo que resultare. Y dentro de poco sabré el éxito de mis esfuerzos. *(Sale.)*

COMINIO.—Nunca consentirá en oírlo.

SICINIO.—¿No?

COMINIO.—Os aseguro que está ebrio de altanería y grandeza y que en sus ojos llamea el reflejo del incendio de Roma. Su agravio, como un carcelero, cierra las puertas de su piedad. Yo me arrodillaré ante él y me contestó apenas con desmayado acento. «Levantáos»: me despidió en silencio con un movimiento de mano, así: y después me envió por escrito lo que haría y lo que no haría, pretextando que había jurado no ceder á nuevas condiciones. Toda esperanza es inútil; á menos que su noble madre y su esposa, quienes se proponen, según oigo decir, solicitarlo, alcancen gracia para su país. Vamos,

pues, á suplicarles afectuosamente que apresuren su empresa. *(Salen.)*

ESCENA II

Puesto avanzado del campamento volseo junto á Roma. Centinelas

Entra MENENIO y va hacia ellos.

GUARDIA 1.^o—¡Alto! ¿De dónde venís?

GUARDIA 2.^o—¡Alto, y volved atrás!

MENENIO.—Cumplís como buenos. Está bien. Pero soy oficial del Estado y vengo á hablar con Coriolano.

GUARDIA 1.^o—¿De dónde?

MENENIO.—De Roma.

GUARDIA 1.^o—No podéis pasar. Volved atrás. Nuestro general no quiere oír nada de allá.

GUARDIA 2.^o—Antes que le habléis, veréis á Roma envuelta en llamas.

MENENIO.—Está bien. Pero si habéis oído al general hablar de Roma y de sus amigos de allí, es seguro que oísteis mi nombre. Soy Menenio.

GUARDIA 1.^o—Sea así enhorabuena. Volved atrás. Vuestro nombre nada vale aquí.

MENENIO.—Te repito que soy íntimo amigo de tu general. Fuí para todas sus buenas acciones como un libro en el cual han leído los hombres su fama sin par, y ampliada todavía; porque siempre he atestado á mis amigos (de los cuales él es el primero) toda la verdad hasta donde podía llegar su magnitud sin caer en lo falso. Y aun acaso haya yo traspasado alguna vez el límite, en alabanza suya. Con que, amigo, es preciso que yo le hable.

GUARDIA 1.^o—A fe que si hubiéseis dicho en pró de él tantas mentiras como palabras en favor vuestro,

no pasaríais de aquí, no, aunque el mentir fuera tan honrado como el vivir santamente. Volved atrás.

MENENIO.—Te ruego, que recuerdes que mi nombre es Menenio, que siempre fuí partidario del general...

GUARDIA 2.^o—Por más que hayáis mentido en favor de él (como decís), yo que hablo verdad aún sirviendo á sus órdenes, os digo que no podéis pasar. Atrás, repito.

MENENIO.—¿Puedes decirme si ya ha comido? Porque no querría hablar con él sino después de su comida.

GUARDIA 1.^o—¿Sois romano?

MENENIO.—Soy como tu general.

GUARDIA 1.^o—Entonces deberíais odiar á Roma como él la odia. Cuando habéis arrojado fuera de vuestras puertas á su verdadero defensor, y en la explosión de la ignorancia popular entregásteis al enemigo el propio escudo; ¿pensáis que podréis hacer frente á su venganza, con las fáciles lamentaciones de los ancianos, las palmas virginales de vuestras hijas, ó la insípida intercesión de amigos tan decrépitos como vos parecéis? ¿Pensáis que con tan débiles soplos conseguiréis apagar el fuego en que está próxima á arder vuestra ciudad? No. Os engañáis. Volved, pues, á Roma y preparaos á morir. Estáis condenados; nuestro general juró que no habrá para vosotros ni rescate ni perdón.

MENENIO.—Si tu capitán supiera que estoy aquí, me trataría sin duda mucho mejor.

GUARDIA 2.^o—Vamos. Mi capitán no os conoce.

MENENIO.—Quiero decir tu general.

GUARDIA 1.^o—A mi general no le importáis nada. ¡Atrás, digo! ó he de verter la poca sangre que os queda. Por última vez, atrás!

MENENIO.—Pero, hombre...

(Entran Coriolano y Aufidio.)

CORIOLANO.—¿Qué hay?

MENENIO.—Ahora, compañero, os he de recomendar á él. Ahora veréis si soy tenido en estima, y si un pobre guardia puede alejarme de mi hijo Coriolano. Observa por mi intimidad con él, si no estás cerca de ser ahorcado ó de sufrir muerte más lenta y terrible, y medita lo que te espera. Los gloriosos dioses se ocupan á cada instante de tu prosperidad y te aman tanto como tu viejo padre Menenio! ¡Oh hijo mío, hijo mío! Dispones el fuego para nosotros: mira en mis ojos el agua que ha de apagarlo. Con harta pena consentí en venir á buscarte; pero se me aseguró que sólo yo podría hallar eco en tu corazón, y vengo trayéndote los suspiros de todos, y á conjurarte á que perdones á Roma! Que los buenos dioses mitiguen tu cólera y hagan caer el resto de ella sobre este siervo que, como una roca, me ha cerrado el paso hacia ti.

CORIOLANO.—¡Fuera!

MENENIO.—¡Cómo! ¿Fuera?

CORIOLANO.—Esposa, madre, hijo, á todos desconozco. Mis acciones dependen de agena voluntad. Aunque debo en justicia mi venganza, el perdón de Roma pende ya de los volscos. Si hemos tenido familiaridad, el ingrato olvido con su veneno, más que la piedad, dirá cuánta ha sido aquella. Así, partid. Mis oídos son más firmes contra vuestras solicitudes que vuestras puertas contra mi fuerza. Sin embargo, por cuanto yo te amaba, toma esto contigo. Lo escribí por tu bien (*le da una carta*) y lo habría enviado. Menenio, no quiero oírte una palabra más. Este hombre, Aufidio, es el que yo amaba más en Roma: y no obstante, ya has visto...

AUFIDIO.—Vuestro carácter es firme.

(*Salen Coriolano y Aufidio.*)

GUARDIA 1.^o—Y ahora, señor, ¿Menenio es vuestro nombre?

GUARDIA 2.^o—Y talismán de mucho poder. Ya sabéis el camino de vuelta de vuestra casa.

GUARDIA 1.^o—¿Ya veis cómo se nos destroza por estorbar el paso á vuestra grandeza?

GUARDIA 2.^o—¿Qué causa os parece que tengo para ser colgado?

MENENIO.—Nada me importa el mundo, ni vuestro general. En cuanto á vosotros, apenas puedo pensar que existís, según sois de insignificantes. El que tiene la voluntad de morir por su mano, no teme la muerte de mano ajena. Así haga vuestro general lo peor que pueda, y sed vosotros por mucho tiempo lo que sois, y vuestra miseria aumente con vuestros años. Os diré lo que á mí: ¡fuera!

(*Sale.*)

GUARDIA 1.^o—Hombre nobilísimo en verdad.

GUARDIA 2.^o—El noble es nuestro general. Roca... roble, que el viento no puede conmovér. (*Salen.*)

ESCENA III

La tienda de Coriolano

Entran CORIOLANO, AUFIDIO y otros.

CORIOLANO.—Mañana sentaremos nuestros reales ante los muros de Roma. Vos, mi compaeño en esta guerra, debéis informar á los señores del Estado volsco con cuánta franqueza he conducido este asunto.

AUFIDIO.—Habéis respetado únicamente sus propósitos, cerrando vuestros oídos á las súplicas generales de Roma; no admitiendo jamás una sola palabra en privado, no, ni aun de aquellos amigos que se creían seguros de prevalecer sobre vos.

CORIOLANO.—Este anciano á quien despedí con el corazón quebrantado, me amaba más que un padre, y en realidad me deificaba. Su último refugio ha sido enviarlo; y por amor á él (aunque me le mos-

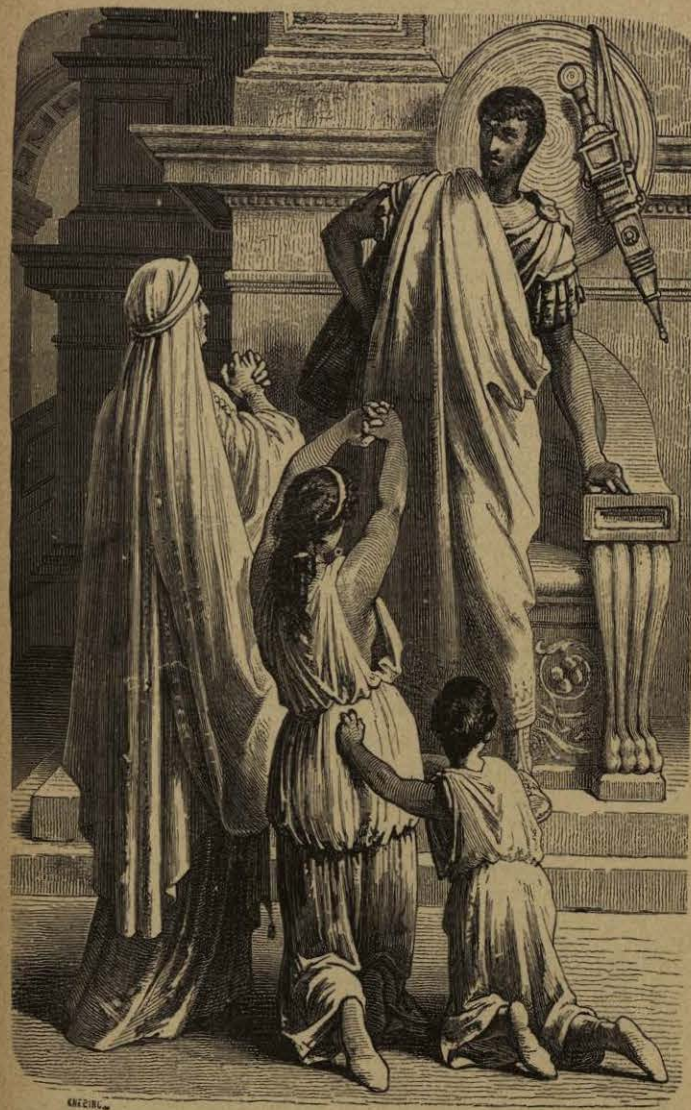
tré áspero) he ofrecido una vez más las primeras condiciones que rehusaron y no pueden aceptar ahora. Sólo por merced á él, que creía poder hacer más, he otorgado algo, muy poco. Pero no oiré más embajadas, ni del Estado ni de mis propios amigos. (*Rumor dentro.*) Ah! ¿qué voz es esa? ¿Estaré tentado de quebrantar mi voto en el momento mismo de hacerlo? No quiero. (Entran en traje de luto, Virgilia, Volumnia, llevando de la mano al joven Marcio, Valeria y séquito.) Mi esposa viene delante; luego el venerable molde en que se formó mi cuerpo, y en su mano el nieto de su sangre. Silencio... ¡Corazón mío! Rómpase todo vínculo y privilegio de la naturaleza! Sea virtud la obstinación. ¿Qué vale esa cortesía? ¿Qué valen esos ojos de paloma capaces de hacer perjurar á los dioses? ¡Ah! me siento fascinado... no soy yo de otra arcilla que los demás. Mi madre se inclina, como si el Olimpio suplicante saludara á un montículo; y mi tierno hijo parece interceder; ¡ah! la santa naturaleza me grita: «no lo niegues!» Pero no. Que los volscos surquen el suelo de Roma y de Italia: jamás caeré en la flaqueza de obedecer al instinto. Permaneceré firme como si á mí propio debiera el sér y no conociera otro de mi especie.

VIRGILIA.—¡Señor y esposo mío!

CORIOLOANO.—¡Ah!... Diría que no os veo con los mismos ojos!

VIRGILIA.—El pesar que nos ha desfigurado os hace pensar así.

CORIOLOANO.—¡Ah! Como un comediante estúpido, he olvidado mi papel y estoy desorientado hasta el extremo de confundirme. ¡Oh tú, la mejor parte de mí mismo! Perdona mi tiranía; pero no por eso digas: «perdona á nuestros romanos.» ¡Oh! dame un beso largo como mi destierro, dulce como mi venganza! Por la celosa reina del cielo, guarde ese beso tuyo, y mi fiel labio lo conserva vírgen aún. ¡Oh dioses!... Yo charlo y dejo de saludar á la más



Volumnia y Virgilia con su hijo á los pies de Coriolano

noble madre que existió! ¡Jamás! Póstrate en tierra, rodilla mía, y deja una huella más profunda de tu deber, que un hijo cualquiera. *(Se arrodilla.)*

VOLUMNIA.—¡Oh, levántate; bendito seas; yo... yo... seré quien se arrodille delante de ti y te muestre un respeto, fuera de lugar entre madre é hijo.

CORIOLANO.—¿Qué es esto? ¿Vos postrada ante mí? ¿ante vuestro hijo? Antes las piedras de la playa se lancen contra las estrellas, y los vientos arrojen los altivos cedros contra el radiante sol. Antes suceda lo imposible!

VOLUMNIA.—Tú eres mi guerrero... Yo te formé... ¿Conoces á esta señora?

CORIOLANO.—La noble hermana de Publícola, la luna de Roma; casta como el carámbano de la más pura nieve y suspendido en el templo de Diana! ¡Querida Valeria!

VOLUMNIA.—Y á este, le conoces? Este es un pobre compendio de ti mismo que con el curso del tiempo se mostrará en todo como tú.

CORIOLANO.—El dios de los soldados, con el beneplácito de Júpiter, inspire todos tus pensamientos en la nobleza! Sé, hijo mío, invulnerable á la vergüenza, y firme en la guerra como un gran faro marino, resistiendo toda tempestad y salvando á los que se amparan de su luz!

VOLUMNIA.—De rodillas, niño.

CORIOLANO.—¡Este es mi bravo chiquillo!

VOLUMNIA.—Pues él y tu esposa y esta señora y yo, venimos á solicitarte.

CORIOLANO.—Os suplico que tengáis calma. O, si queréis pedir, tened presente que no debéis tomar por repulsa el que no conceda lo que ya juré rehusar. No me pidáis que despida á mis soldados, ó que vuelva á tratar con la plebe de Roma. No me digáis que me separo de la naturaleza, ni intentéis apaciguar mi cólera y mi venganza con frías razones.

VOLUMNIA.—¡Oh! Basta, basta. Habéis dicho que no

nos concederéis nada; pues nada tenemos que pedir sino lo que negáis de antemano. Sólo pedimos ahora que si rehusáis nuestra demanda, atribúyase luego toda la culpa á vuestra dureza. Oídnos, pues.

CORIOIANO.—Aufidio, y vosotros, volscos, atended; no oiremos cosa alguna de Roma en privado. ¿Qué pedís?

VOLUMNIA.—Si permaneciéramos en silencio, sin decir una sola palabra, bastaría nuestro aspecto para revelar qué vida hemos llevado desde tu destierro. Reflexiona en tu conciencia cuánto más desgraciadas somos que todas las mujeres, al venir aquí; pues cuando tu vista debía llenar nuestros ojos con lágrimas de alegría y conmover de júbilo y consuelo nuestros corazones, nos obliga á gemir y á estremecernos de temor y de pesar, haciendo que la madre, la esposa y el hijo vean al hijo, esposo y padre, desgarrar las entrañas de su patria. Y tu enemistad es para nosotras, ¡desgraciadas! de la más inexplicable trascendencia; porque nos impides hasta el consuelo de orar á los dioses, consuelo que todos pueden gozar; pues ¡ay! ¿cómo podremos rogar por la patria, que es tan sagrado deber, y rogar por tu victoria, que es también deber nuestro? ¡Ah! Hemos de perder á la patria que nos crió, ó á ti que eres nuestro apoyo en la patria. Quien quiera que triunfe, la calamidad pesará sobre nosotras; porque tendremos que verte conducido en prisiones como extranjero y malhechor por las calles de Roma, ó pasearte triunfante sobre las ruinas de la patria, habiendo derramado la sangre de tu esposa y de tus hijos. En cuanto á mí, hijo mío, no me propongo esperar el fin de esta guerra. Si no puedo persuadirte á que muestres tu noble magnanimidad á ambos partidos, apenas habrás dado el primer paso en el asalto de tu país, cuando hollarás (puedes estar seguro de ello) el seno de esta madre que te trajo al mundo.

VIRGILIA.—Y el mío, que te trajo á este niño para que tu nombre reviviera en los tiempos.

EL NIÑO.—Pero á mí no ha de hollarme; huiré y aguardaré á ser más grande para pelear.

CORIOIANO.—¡Ah! no debo mirarles si no quiero contagiarme con su ternura. (*Levantándose.*) Harto tiempo os escuché.

VOLUMNIA.—No, no nos dejes así. Si te pidiéramos que salvaras á los romanos para destruir á los volscos, podrías condenar nuestra demanda como contraria á tu honor. No; queremos que los reconcilies para que los volscos puedan decir: «Nos mostramos piadosos con los romanos,» y los romanos digan: «Nos han perdonado,» y unos y otros te aclamen diciendo: «Bendito seas por habernos dado la paz.» Bien sabes cuán incierto es el éxito de una guerra; pero lo que no puedes dudar ¡oh hijo mío! es que si conquistas á Roma ganarás un nombre acompañado de maldiciones. «El era noble, se dirá; pero su última acción ha borrado su nobleza. »Destruyó su país, y su nombre queda para ser execrado en lo porvenir.» Háblame, hijo mío. Siempre has sido sensible en las más delicadas fibras del honor, imitando las gracias de los dioses. ¿Por qué no hablas? ¿Crees que es digno de un noble corazón el recordar siempre sus agravios? Háblale tú ¡oh hija! No le importan tus sollozos. Háblale, niño. Tal vez tu inocencia le mueva más que nuestras razones. No hay en todo el mundo un hombre que deba más á su madre; y sin embargo, me deja hablar como á un vagabundo en el cepo. Jamás en tu vida has mostrado la menor cortesía á tu querida madre; cuando ella, teniéndote á ti, no se ha cuidado de tener ningún otro hijo, y te ha educado para la guerra, para que volvieras salvo y cargado de honores. Dí que mi demanda es injusta y arrójame de aquí; pero si no es tal, entonces no eres honrado y los dioses te castigarán por negar á tu madre lo que á toda madre corresponde. ¡Quiere ir-

se! Postraos, señoras, que al verós de rodillas se avergonzará. Pero él debe más orgullo á su apodo de Coriolano, que compasión á nuestras súplicas. Postraos, y acabemos. Sea esto lo último y volveremos á Roma á morir con nuestros vecinos... No... Miranos... Este niño, que no puede decir lo que desea, se postra é implora extendiendo sus manos en busca de apoyo. El aboga por nuestra petición con más fuerza que la que tú puedes tener para negarla. Ea! vámonos! Volsca fué tu madre, sin duda, de Coriolos tu esposa, y tu hijo también de esta tierra quizás. Dadnos vuestra respuesta y ya poco tendré que hablar.

CORIOLOANO (tomando en silencio las manos de Volunnia.)—¡Oh madre! madre! ¿Qué habéis hecho? Ved. Los cielos se abren, los dioses nos miran y se ríen de esta escena contraria á la naturaleza. ¡Oh madre mía, madre mía! Ganásteis para Roma feliz victoria; pero á vuestro hijo, creedlo, ¡oh! creedlo, á vuestro hijo le será mortal. Pero suceda lo que quiera. Ya que no puedo, Aufidio, hacer la guerra á los romanos, trataré de alcanzar una paz ventajosa. Ahora, buen Aufidio, á estar vos en mi lugar ¿habrías escuchado menos á una madre, ó le habrías concedido menos?

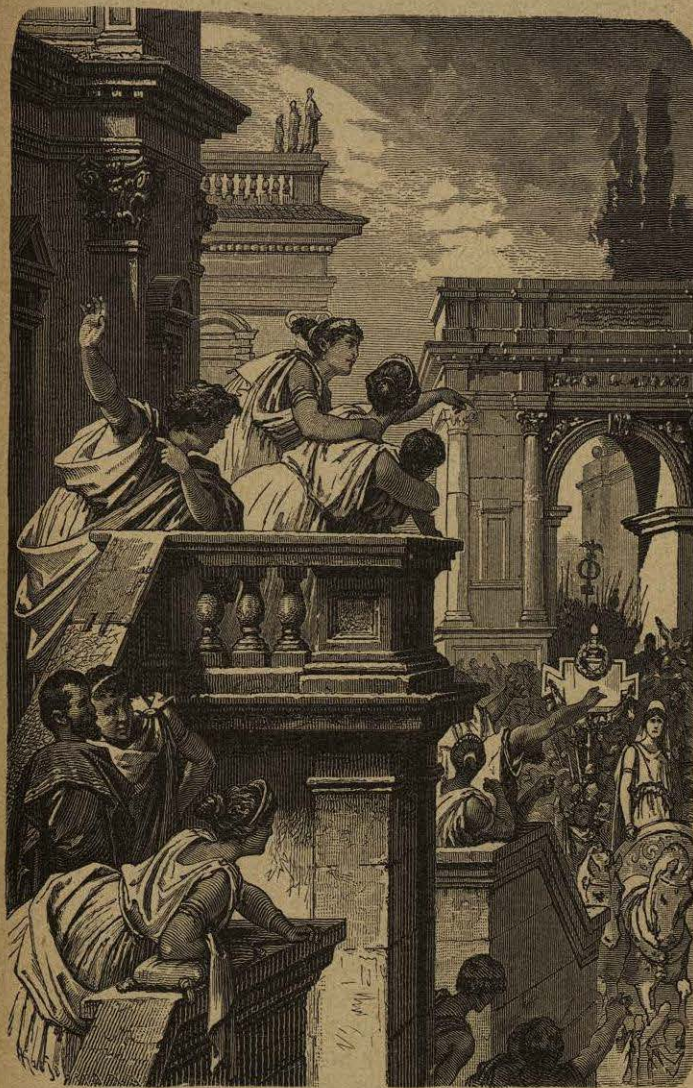
AUFIDIO.—Confieso que me ha conmovido.

CORIOLOANO.—Juraría que no puede ser de otro modo. Y no es poca cosa, por cierto, hacer asomar la compasión á mis ojos. Pero, buen señor, aconsejadme qué paz queréis hacer; que en cuanto á mí no quiero ir á Roma, sino que volveré con vosotros. Y os suplico que me apoyéis en esta causa. ¡Oh madre! ¡oh esposa!

AUFIDIO (*aparte*).—Me alegro de que hayas puesto en lucha tu piedad y tu honor. Así me veo ya en camino de restablecer mi fortuna primera.

(Las señoras hacen señas á Coriolano).

CORIOLOANO (á Volunnia, Virgilia, etc.).—Sí: después. Beberemos juntos; pero llevaréis en prenda



Entrada triunfal de Volunnia y Virginia

algo mejor que palabras; las condiciones otorgadas y firmadas por nosotros. Venid; entrad con nosotros. Merecéis que se os erija un templo. Todas las espadas de Italia y de sus ejércitos aliados, no habrían podido conseguir esta paz. *(Salen.)*

ESCENA IV

Plaza pública en Roma

Entran MENENIO y SICINIO.

MENENIO.—¿Veis aquella esquina del Capitolio? ¿aquella piedra de la base?

SICINIO.—Bien ¿y qué?

MENENIO.—Cuando podáis moverla con vuestro dedo meñique, habrá alguna esperanza de que las matronas de Roma, y en especial su madre, prevalezcan sobre él. Os digo que no hay esperanza. Nuestras cabezas están sentenciadas y no hay más que esperar la ejecución.

SICINIO.—¿Es posible que tan poco tiempo baste para mudar la condición de un hombre?

MENENIO.—Mucho difiere la larva de la mariposa y sin embargo, vuestra mariposa era larva. Este Marcio ha pasado de hombre á dragón; tiene alas; es más que un reptil.

SICINIO.—Amaba á su madre entrañablemente.

MENENIO.—También me amaba á mí; y ahora no se acuerda más de su madre que un caballo de ocho años. Cuando anda se mueve como una máquina de guerra y la tierra se hunde bajo su peso. Su mirada puede penetrar una coraza; su palabra y su voz parecen una batería. Rodéale la majestad de un Alejandro. Lo que él manda que se haga,

está hecho con sólo mandarlo. Para ser dios no le falta más que la eternidad y un cielo en que sentarse.

SICINIO.—También le falta piedad, si es cierto lo que decís.

MENENIO.—Lo describo tal cual es. Ya veréis qué piedad encuentra en él su madre. No hay más piedad en él que leche en el pecho de un tigre. Eso lo verá bien pronto nuestra ciudad gracias á vosotros.

SICINIO.—¡Que los dioses nos favorezcan!

MENENIO.—No. En un caso como este, los dioses no nos favorecerán. No tuvimos respeto á ellos cuando lo desterramos; y ellos no nos respetan cuando él vuelve á torcernos el pescuezo.

(Entra un mensajero.)

MENSAJERO.—Señor, si queréis salvar la vida, volad á vuestra casa. Los plebeyos han caído sobre vuestro compañero tribuno, y lo llevan de aquí para allí. Y todos juran que si las señoras no traen ninguna esperanza á Roma, lo harán morir á fuego lento.

(Entra otro mensajero.)

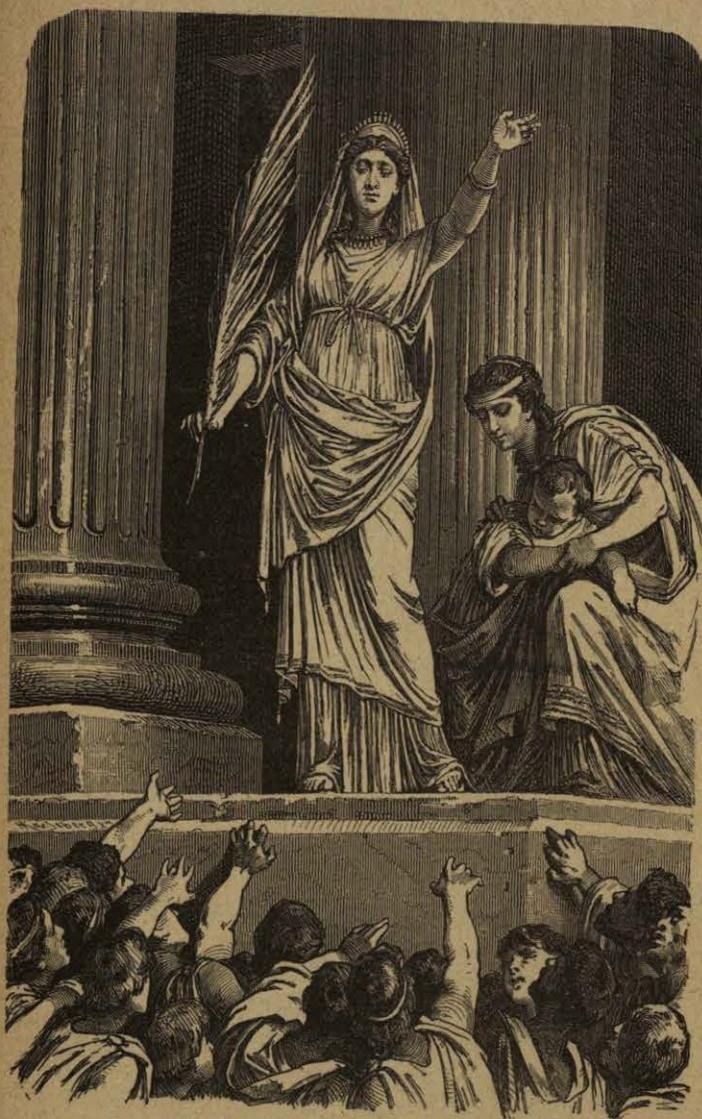
SICINIO.—¿Qué noticias?

MENSAJERO.—Buenas nuevas; buenas nuevas. Las señoras han prevalecido, y Marcio ha partido. No ha tenido Roma día más feliz, ni cuando la expulsión de los Tarquinos.

SICINIO.—Amigo ¿estás seguro, bien seguro, de que eso es verdad?

MENSAJERO.—Tan seguro como de que el sol es de fuego. ¿Dónde habéis estado que ponéis esto en duda? Jamás ha pasado bajo un arco triunfal muchedumbre mayor que la que acude á las puertas de la ciudad. ¿No oís? (Trompetas y atambores, música, etc.)—Aclamaciones.) Escuchad! (Nuevas aclamaciones.)

MENENIO.—Estas son buenas nuevas. Voy á encontrar á las señoras. Esta Volumnia vale por una ciudad llena de patricios, senadores y cónsules. Habéis dicho bien vuestras preces. Esta mañana no



Volumnia comunica al pueblo la noticia de la paz

habría dado un pito por diez mil de vuestras cabezas. Oíd. ¡Cómo se regocijan!

(Música y aclamaciones).

SICINIO.—Que el cielo os bendiga por vuestras noticias. ¡Mil gracias!

MENSAJERO.—Señor, todos tenemos sobrado motivo para dar gracias.

SICINIO.—¿Están cerca de la ciudad?

MENSAJERO.—A punto de entrar.

SICINIO.—Iremos á encontrarlas y nos regocijaremos con todos.

(Sale.—Entran las señoras, acompañadas por senadores, patricios y pueblo. Pasan por el proscenio).

SENADOR 1.^o—Contemplad á nuestras protectoras. ¡La vida de Roma! Reunid vuestras tribus, alabad á los dioses, y encended fuegos triunfales. Llenad de flores su camino, y clamad contra el grito insensato que desterró á Marcio. Volved á llamarlo con la acogida que debéis á su madre. Gritad «Sed bienvenidas, señoras! Bienvenidas!»

Todos.—¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!

(Salen.)

ESCENA V

Plaza pública en Antío

Entran TULO AUFIDIO y séquito.

AUFIDIO.—Id á decir á los nobles de la ciudad que estoy aquí, y entregadles este papel. Luego que lo hayan leído, invitadlos á que acudan á la plaza del mercado, donde yo en presencia de ellos y del pueblo confirmaré la verdad de su contenido. En él lo acuso. Ya ha pasado las puertas de la ciudad y se propone presentarse al pueblo y justificarse con pa-

labras. Apresuraos. (Sale el séquito.—Entran tres ó cuatro conspiradores de la facción de Aufidio.) ¡Sed bienvenidos!

CONSPIRADOR 1.º—¿Cómo va nuestro general?

AUFIDIO.—Como á un hombre envenenado con su propia limosna y asesinado por su caridad.

CONSPIRADOR 2.º—Muy noble señor; si aún persistís en el intento del cual deseáis que seamos partícipes, os libramos de vuestro gran peligro.

AUFIDIO.—Nada puedo deciros aún. Todo depende del modo como esté dispuesto el pueblo.

CONSPIRADOR 3.º—El pueblo permanecerá indeciso mientras haya diferencias entre vosotros; pero la caída de uno de los dos, hará al otro heredero de todo.

AUFIDIO.—Lo sé y mi pretexto para atacarlo, admite una buena interpretación. Yo lo levanté y empuñé mi honor en prenda de su lealtad. Una vez elevado así ha principiado á adular y seducir á mis amigos, y con este fin doblegó su carácter, que siempre fué áspero, indomable y libre.

CONSPIRADOR 3.º—Señor, su firmeza cuando perdió la elección de cónsul por no doblegarse...

AUFIDIO.—Ya habría hablado de eso. Siendo desterrado por esa causa, vino á mi hogar y presentó su garganta á mi cuchilla. Le acogí, compartí con él mi puesto, cedí en todo á sus deseos, y para cumplir sus proyectos llegué hasta dejarle escoger de mis filas los hombres más jóvenes y mejores. He contribuído á sus designios con mi propia persona, ayudándole á ganar la fama que adquirió en todo, y aun tenía yo á orgullo este sacrificio; hasta que al fin, más que su compañero parecía yo su secuaz, y él me trataba de tal modo que se me hubiera tomado por un mercenario.

CONSPIRADOR 1.º—Así lo hizo, señor; y el ejército se admiraba de ello. Y al fin, cuando tenía vencida á Roma y esperábamos no menos despojos que gloria...

AUFIDIO.—Ahí está el punto principal, que ha de servirme para abrumarle. Por unos cuantos lloriqueos de mujeres, que no valen más que otras tantas mentiras, ha vendido la sangre y la fatiga de nuestra guerra y grandes acciones. Por lo cual ha de morir; con ello se renovará mi ascendiente. Pero oíd!

(Trompetas y tambores, y grandes aclamaciones del pueblo).

CONSPIRADOR 1.º—Entrásteis vos por las puertas de vuestra propia ciudad, y no se os ha dado la bienvenida; regresa él y atruenan el aire las aclamaciones.

CONSPIRADOR 2.º—Y necios degradados cuyos hijos cayeron al filo de su espada, se desgañitan vitoreándole y glorificándole.

CONSPIRADOR 3.º—Por tanto, y para ventaja vuestra, antes de que pueda mover al pueblo con sus palabras, hacédle sentir vuestro acero, que nosotros secundaremos. Una vez sacrificado, la explicación de su conducta hará que sus argumentos se entierren con su cadáver.

AUFIDIO.—Silencio. Aquí vienen los senadores.

(Entran los senadores de la ciudad).

SENADORES.—Recibid la mejor bienvenida.

AUFIDIO.—No la merezco. ¿Os habéis informado atentamente de lo que os he escrito?

TODOS.—Sí.

SENADOR 1.º—Y deploro el oírlo. Cualesquiera faltas que haya cometido antes, podían ser fácilmente corregidas. Pero concluir donde debía comenzar, inutilizar nuestros reclutamientos, y celebrar un tratado cuando la rendición era segura, eso no admite excusa.

AUFIDIO.—Ya se acerca, y le oireis.

(Entra Coriolano con trompetas y banderas.—Le sigue la multitud).

CORIOLANO.—¡Salud, señores! He vuelto siendo aún soldado vuestro, no más infestado por el amor á mi

país que cuando partí de vuestro lado. Debo informaros de que en mi empresa la prosperidad me acompaña y que en sangriento paso he llevado nuestra guerra hasta las mismas puertas de Roma. Los despojos que traemos exceden en más de una tercera parte á las cargas de la guerra. Hemos celebrado la paz, con no menos honra para los antiates que vergüenza para los cónsules y patricios y con el sello del Senado, lo que hemos convenido de una y otra parte.

AUFIDIO.—No lo leáis, nobles señores. Decid al traidor, que ha abusado escandalosamente de vuestros poderes.

CORIOLANO.—¡Traidor! ¿Qué significa esto?

AUFIDIO.—Sí: traidor, Marcio!

CORIOLANO.—¡Marcio!

AUFIDIO.—Sí: Marcio, Cayo Marcio. ¿Piensas que voy á engalanarte con el nombre de Coriolano, robado en Coriolos? Vosotros, señores, cabeza del Estado, sabed que hizo traición á vuestro interés; por unas cuantas lágrimas ha entregado vuestra ciudad de Roma (digo vuestra ciudad) á su esposa y á su madre; faltando así á su juramento y rompiendo su resolución como hilo de seda podrida. No ha admitido jamás consejo en la guerra; y ante el llanto de su nodriza, ha malogrado y perdido vuestra victoria. Esa página de vergüenza para él ha hecho que los hombres de corazón se miren atónitos unos á otros.

CORIOLANO.—¿Oyes esto? ¡Oh Marte!

AUFIDIO.—No nombres al dios, tú, muchacho llorón.

CORIOLANO.—¡Ah!

AUFIDIO.—Basta.

CORIOLANO.—Mentiroso desalmado, estás colmando la medida del sufrimiento. ¡Yo muchacho!... ¡Oh tú, esclavo! Perdonadme, señores; es la primera vez que me he visto forzado á hablar con indignación. Vuestro juicio, graves señores, dará el mentís á este

perro; y su propio conocimiento (como que lleva impresas en el cuerpo las señales de mi azóte, y ha de llevar la marca de mis golpes hasta su sepulcro) se juntará para desmentirlo también.

SENADOR 1.^o—Calma, calma, y oídme.

CORIOLANO.—Hacedme pedazos, volscos. ¡Mujeres y niños mojad vuestros aceros en mi sangre! ¡Yo muchacho! ¡Perro vil! Si habéis escrito la verdad en vuestros anales, aquí mismo yo, como águila en nido de palomas, destrocé á vuestros volscos en Coriolos. ¡Yo solo lo hice! ¡Yo muchacho!

AUFIDIO.—¿Es posible, señores, que os recuerde con tanta arrogancia su ciega fortuna, vergüenza vuestra, y os la arroje á la cara?

CONSPIRADORES (*hablan á un tiempo*).—¡Que muera!

CIUDADANOS (*hablando á un tiempo*).—¡Hacedle pedazos! Ahora mismo! El mató á mi hijo! á mi hija! Mató á mi primo Marcos! Mató á mi padre!

SENADOR 2.^o—Orden! orden! Nada de ultrajes! El hombre es noble y su fama llena el mundo. Su última ofensa contra nosotros será juzgada imparcialmente. En pie, Aufidio, y no turbéis la paz.

CORIOLANO.—¡Oh! Si lo tuviera yo, y seis Aufidios, y toda su tribu, para usar en él mi justiciera espada!

AUFIDIO.—¡Villano, insolente!

CONSPIRADORES.—Matadlo! matadlo! matadlo!

(Aufidio y los conspiradores desnudan sus armas y matan á Coriolano. Este cae, y Aufidio le pone el pie encima).

SENADORES.—¡Deteneos! deteneos! deteneos!

AUFIDIO.—Escuchadme, nobles señores.

SENADOR 1.^o—¡Oh Tulo!

SENADOR 2.^o—El valor llorará siempre la acción que acabas de cometer.

SENADOR 3.^o—No le holléis. Guardad orden, todos. Envainad nuestras espadas.

AUFIDIO.—Señores: cuando sepáis (y no lo podéis aun en medio de la cólera provocada por él) cuando sepáis el gran peligro en que os ponía la vida

de este hombre, os alegraréis de que haya muerto. Dignaos hacerme comparecer ante el Senado, y me pondré á vuestra disposición, como leal soldado y servidor, ó sufriré vuestra más severa censura.

SENADOR 1.^o—Llevad de aquí el cadáver, y vestid luto por él. Que se le considere como la más noble ceniza que jamás siguió un heraldo á la urna.

SENADOR 2.^o—Su propia impaciencia, sirve en gran parte de excusa á la conducta de Aufidio. Procuremos sacar de esto el mejor partido.

AUFIDIO.—Ha pasado mi cólera y me siento lleno de pesar. Levantadlo, y que ayuden tres de los mejores soldados. Sonad el tambor en señal de duelo y llevad vuestras picas arrastrándolas. Aunque en esta ciudad sacrificó á tantos esposos é hijos, cuya pérdida se llora todavía, le reconocemos digno de noble memoria. Ayudad.

(Salen llevando el cuerpo de Coriolano, y tocando una marcha fúnebre).



CUENTO DE INVIERNO

Ilustración de *Max y Klimsch*.—Grabados de *Kaeseberg*
y *Treibmann*.